

El Espíritu de las Letras en Agustín Yáñez

POR EL DR. FRANCISCO CARMONA NENCLARES

Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras

Para interpretar las dotes creadoras de un escritor que merezca nuestra curiosidad podemos elegir entre dos caminos. Suponemos que no hay otros. La crítica literaria, por ser una recreación, implica como premisas cualquiera de ellos. El primero consiste en juzgar las obras de aquél como individualidades sueltas, como mundos aislados sujetos cada uno a ley propia; el segundo consiste en remontarse desde las obras hasta el examen del núcleo o constelación espiritual del que son cristalizaciones independientes, singularizadas. Quizá ambos caminos confluyen en algún punto, siendo requerido el uno por el curso o la existencia del otro; haremos caso omiso, ahora, de ese detalle. En la presente ocasión, tratándose de Agustín Yáñez, juzgamos más a mano el segundo. La literatura del escritor mencionado indica, ella misma, el camino elegible. Sólo nos concierne reconocerlo.

Tocamos aquí una de las condiciones de la creación literaria que conviene señalar inmediatamente. La tocamos de soslayo y hay que hacerlo de frente. Es una condición capital: se trata de averiguar cómo el espíritu de las letras se incorpora en el escritor. Tal cosa, decimos, condiciona las situaciones vitales, existenciales, por donde se filtra el impulso de la creación; condiciona el perfil orgánico de la obra; etc. Pues bien, hay escritores donde el espíritu de las letras se manifiesta como una proyección del "yo", a la manera de un desbordamiento que inunda y disuelve la realidad. Subsiste, empero, una realidad: el "yo" mencionado. Cada obra, y cada línea de cada obra, está empapada de la psique del autor. El principio dinámico de la creación literaria actúa con el carácter de fusión o trasplante místicos. El escritor está impulsado por un movimiento de absorción (que tiene por centro su individualidad), de las fuerzas heteróclitas de lo real. Creación literaria significa aquí trasplante, absorción, unidad de lo divergente. Quien ejemplifique el paradigma que tratamos, cultivará la literatura, sabiéndolo o sin saberlo, como una actividad restauradora del equilibrio entre el "yo" y lo real, aunque el dolor esencial de la vida no pueda alcanzar nunca, dada la calidad óptica del existir, la deseada restauración. Así, el "yo" que intenta trasplantarse, absorberse, reaparece en lo trasplantado. Bien. Nada de lo que se ha escrito podría aplicarse, entendemos, al caso de Agustín Yáñez.

En él se trata de otra naturaleza literaria. De otro espíritu de las letras, si se quiere. Hay escritores donde la obra se manifiesta como una tentativa de recrear la experiencia humano-cósmica, utilizando

como punto de partida la propia experiencia pero cuidando de mantener íntegra la estructura de aquélla, impersonalizándola, en una palabra. Aquí la literatura significa la recreación de las fuerzas internas, elementales, de la realidad; significa génesis, no restauración. Fincado en un trozo individualizado de lo real, el escritor reconstruye la realidad individual; el principio dinámico de la creación literaria surge en la realidad misma, no del "yo". La genealogía literaria de Agustín Yáñez encuadra, a nuestro parecer, en estos términos, precisamente.

Un detalle lleno de significación, ya se tome aislado o en conjunto (y que deseamos considerar aparte), donde se apoya nuestra conclusión anterior, es el hecho siguiente: en ninguno de los libros de Yáñez, en ninguna de las líneas que hayan salido hasta ahora de su pluma, encontraríamos aquello que hoy constituye el espíritu de toda creación cultural; el ansia de evasión de una realidad humano-cósmica, que se ha convertido en nuestro esencial infierno, queda calificada aquí como el pulso invisible de la cultura contemporánea. Eso quiere decir que la literatura no se define en nuestro escritor por el mecanismo de la imitación, lo cual admite siempre en grado variable la infección del *pathos* de lo real cotidiano, sino que se desenvuelve como un descubrimiento de las formas de la vida; que tiene, por lo tanto, un polo objetivo.

Sólo hay *Yabualica*. Ciertamente. Allí la literatura se insinúa como un ensayo de imitación de la realidad; la índole de "etopeya" de sus páginas impone al libro el carácter de arte imitativo. En los otros, Yáñez cultiva una literatura formativa, expresiva. El escritor descubre las formas de la vida iluminándola interiormente, poniendo de relieve sus infinitas potencialidades, que hacen trivial y exiguo nuestro "yo". En resumen: no es el grado de infección evasiva lo que mide la excelencia literaria; es la intensidad de la interna iluminación de la vida. Estamos pensando en *Al filo del agua*.

Iluminar la vida desde dentro de ella misma nos liberará de su agobio. Transforma en libre y activo lo que el existir cotidiano tiene de férrea pesadumbre, de tanta repetición. La experiencia cotidiana ("Sombra entre sombras", escribe Yáñez) carece de entidad estética aunque sea el material bruto del arte literario; aquella entidad asoma en cuanto el escritor se ha purificado de ella, en primer término; a la vez, en cuanto ilumina, en ella también, la forma de la experiencia humana. Esto como segundo término.

EL PUERTO DE LIVERPOOL, S. A.



LOS ALMACENES
MAS GRANDES Y
MEJOR SURTIDOS
— DE LA —
REPUBLICA

NO OLVIDE QUE:

SI ES DE **LIVERPOOL** TIENE QUE SER BUENO!

Pasamos ahora de los detalles a la morfología que los estructura. Libros como *Archipiélago de mujeres* indican la presencia de un humanista. En *Al filo del agua*, donde culmina la clave de la obra literaria de Yáñez, la presencia se redondea y completa. Se impone al lector. Trátese de un hecho consumado que tiene su historia en la biografía íntima, inefable, del autor. Resulta natural que así ocurra, pues la objetivación progresiva de la realidad que permite la recreación estética de lo real (purificación más iluminación interna) no es cosa de un día ni se comunica, suponemos, por vía revelada. La objetivación es correlativa de la forma-



ción personal del escritor; ambas dimensiones tectónicas, que trabajan en dirección divergente, forman un proceso único. A eso llamamos humanismo. (Actitud que se define así: convicción de que es en el ser humano donde se hace transparente la realidad humano-cósmica.)

Late, en las obras mencionadas, un ferviente entusiasmo por la experiencia, cotejo espontáneo de lo real y lo ideal vistos en su secreto vínculo. ¡Placer de la experiencia por sí misma! Del ritmo genésico de lo real, vivido ávidamente, provienen el ritmo, el acento de la creación literaria. No se superponen a la ma-

nera de capas geológicas, sino que se intercomunican; ejemplo: *Isolda*. El placer de la experiencia parece, a simple vista, genuinamente estético; señala la topografía, la perspectiva del impacto entre la realidad y el escritor; dicho de otro modo: el único punto de unión o sutura entre ambas entidades. El único punto que reconocemos; la única posibilidad de contacto y permeabilización. Dada la situación vital y óptica del escritor no hay otro. Téngase en cuenta que la existencia, una aventura prometeica, puede ser una broma ideada por los dioses para distraer el tedio de la inmortalidad. El Prometeo de Yáñez se llama, por cierto, Mónico Delgadillo.

Relatos como *Melibeia o la revelación* logran poner de manifiesto, al menos para la vivencia del lector, la armonía oculta de la realidad. Ahí asoma, una vez más, la calidad humanística. El conjuro del "yo", sentido a la manera de microscópico ombligo del mundo, ha quedado roto; el largo y áspero sueño del hombre, que mientras permanecemos sujetos al conjuro, es siempre confuso, adquiere entonces claridad íntima. Ya puede ser contemplado fuera de la rueda del tiempo y emancipado de las cadenas de la voluntad individual. La realidad se ha transformado súbitamente en forma pura; en arte. Léase, por ejemplo, *Doña Endrina o el deseo*.

Terminamos. La obra de Yáñez carece, en su escala actual, de unidad. Tiene, eso sí, de la unidad del calidoscopio. Los inesperados dibujos de la realidad, donde radica el material en bruto de la existencia, se entrelazan con la fina substancia imaginativa del autor, transformándose en pura urdimbre artística. En cuanto al oficio, a la mano de obra, Yáñez ofrece una naturalidad rica y sin afectación. Pero de este perfil de sus libros nos hemos ocupado ya.¹

¹ *Revista de las Indias*, Bogotá, Colombia; Núm. 103.